

La sátira no es en verdad cruel, y admitimos de grado que había más ridículos y vicios que los que Taciano pone á la vista: Luciano dijo mucho más. Pero no se here á los muertos, y menester es que la filosofía hubiera estado muy viva para que el satírico de Samosata estuviera casi siempre á la greña con los filósofos. Por otra parte, era enemigo de ciertos filósofos; pero no de la filosofía, á la cual llama hija de Júpiter y le hace decir: «La mayor parte de los hombres, la gran masa del pueblo me tienen en grande honor y me admiran, y poco falta para que me adoren, bien que no me comprendan mucho.» Después explica que viendo á la multitud manifestar el mayor respeto á sus verdaderos discípulos, tolerar su franqueza, solicitar su amistad, escuchar sus consejos, y ceder á sus más ligeras reconvenções, «una turba de hombres despreciables habían tomado el manó de los filósofos, como si esto bastara para llegar á todo.»

El burlón implacable confirma pues por sí mismo la importancia de aquella enseñanza, á la vez popular y levantada, que ocupaba el lugar de la que los sacerdotes no daban.

Por espacio de dos siglos, la filosofía fué en Roma, como en Francia después de Luis XIV, la religión de la sociedad culta, y los emperadores reconocieron su utilidad de tal manera que concedieron á los filósofos inmunidades oficiales.

Así, fuera que los romanos hubieran llevado entre los provinciales su espíritu organizador, fuera que en la anarquía de las cosas divinas hubieran buscado los pueblos un punto fijo en que la turbada conciencia pudiera asegurarse, ello es cierto que la razón general elaborada en el fondo del pensamiento de algunos hombres superiores, sacó del conjunto de las leyendas, fábulas y metafísicas una moral, reglas de conducta, una religión, en fin, religión puramente humana, sin dioses bien ciertos, pero no sin eficacia.

Un escritor de autoridad ha dicho: «La filosofía había llegado á ser tan práctica, tan solícita de las necesidades más delicadas del alma, tan amante de perfección interior, que su enseñanza, á pesar de la diversidad de los dogmas, mereció el honor de ser asimilada á la dirección cristiana» (1).

Los filósofos habían pues visto bien que era preciso al principio consagrarse á la obra del perfeccionamiento moral del individuo, y que no se podía mejorar la sociedad, sino comenzando por mejorar á los hombres (2). Toda la reforma social era para ellos como debería serlo para nosotros, una cuestión de educación. Combinándose su enseñanza con los esfuerzos hechos en el mismo sentido por los Flavios y los Antoninos, había llevado al seno de muchas familias aquella severidad de costumbres cuya vuelta atestigua Tácito, y que nos ha hecho encontrar una sociedad honorable, donde no se querían ver ya más que desórdenes morales, vicios, corrupción. La humanidad buscaba pues por sí misma su salvación, y desde Sócrates hasta Marco Aurelio, algunos la habían encontrado, aquellos «cuya alma naturalmente cristiana» acercaba á los sabios, á los cuales prometía la bienaventuranza la tradición de la Iglesia (3).

III.—LA RELIGIÓN OFICIAL

El hombre es un ser religioso, porque su razón le muestra siempre una ley bajo los fenómenos, y en la ley, una

(1) Martha, p. 70. Sobre toda la cuestión de la filosofía moral en el siglo de los Antoninos, V. también Friedländer, t. III, p. 543-612.

(2) V. el *Progreso moral* de F. Bouillier, p. 328.

(3) Gerbet, *des Doctrines philosophiques sur la certitude*, p. 37 y 106. Muchos Padres de la Iglesia estaban en que la filosofía pagana había sido una preparación de la fe católica.

causa y una consecuencia, es decir un principio y un fin, dos cosas que se confunden para constituir el orden: el orden supone un ordenador que haya hecho concurrir las propiedades de la materia á producir un efecto determinado. Este encadenamiento de las cosas es obvio y hasta el salvaje lo ve, aunque confusamente. *Calí enarrant gloriam Dei*: he aquí la exclamación involuntaria de la humanidad; y toda la metafísica de los filósofos está contenida en estas cuatro palabras.

Enfrente de lo incomprendible se despertó desde muy temprano una curiosidad insaciable, como de la muerte nació el espanto de la destrucción. Por una parte, el hombre ha querido saber; y por otra sobrevivir: hasta cuando no tenía el claro concepto de ese porvenir inmortal, procuraba asegurarse para las luchas de la vida la asistencia de los seres divinos aspirando á su favor por medio del culto que les daba. De esta necesidad, de este terror y de estos interesados cálculos nacieron las religiones desde las primeras edades del mundo (4). El sentimiento de lo divino, con las esperanzas que da de salud (5) aquí abajo, ó en otra existencia, se encuentra en el fondo de la naturaleza humana, y la impotente, pero noble investigación de lo que precede y de lo que sigue á la existencia es el signo característico de la humanidad. Juntos comenzaron el dolor y la religión y juntos también acabarán.

Este gran hecho humano ha tenido dos consecuencias: la una para la sociedad, la otra para el individuo. Siendo muy complejo el sentimiento religioso, hay en él temor, amor, cálculo y abandono (6), egoísmo y abnegación, orgullo y humildad. Según que uno de estos elementos ha dominado, se han tenido los diferentes caracteres que en los diversos países han ofrecido las clases sacerdotales, desde el penitente timorato hasta el pontífice implacable que lo regulaba todo en el Estado, tomando sus propios pensamientos por inspiraciones de lo alto.

Por otra parte, el elemento esencial de una religión es lo maravilloso, puesto que lo desconocido y lo inaccesible son del dominio reservado á los dioses. De aquí se ha seguido que en todos tiempos, aun en plena edad científica, bajo todas las formas hasta las más raras, se ha producido la fe en lo sobrenatural. El grave Estrabón decía: «Los poetas no estuvieron solos en inventar fábulas; los magistrados y legisladores las inventaron también y las propagaron entre los pueblos en interés común; y cuanto más maravillosas, tanto mejor se aceptan. Como ni las mujeres ni el pueblo pueden llevarse á la piedad por la filosofía, se llevan por la superstición; ni ésta tiene eficacia sin las fábulas y milagros que en ella se mezclan.»

Se engaña Estrabón en este punto: los pueblos mismos son los que crean sus fábulas y leyendas, como crean su

(4) *Primus in orbe deos fecit terror* (Estacio, *Tebaida*, III, 661). En cuanto al cálculo interesado, se encuentra en todas las invocaciones, que desde la India hasta Italia son idénticas. Menos se trata de obtener la benevolencia que de encadenar la libertad del dios. El brahmán que conoce el ritual, dispone del cielo, y por el cielo es el dueño del mundo. El itálico, sin ir tan lejos, cree que si es fiel á todas las prescripciones sagradas, el dios por su parte no dejará de hacer su oficio (Breal, *Tab. Eugub.*).

(5) La palabra *salus*, salud, tenía sobre todo el sentido de conservación, prosperidad, curación. Véanse las fórmulas de súplica que trae Catón (*de Rust.* 141) y muchas inscripciones *pro salute principis*.

(6) Los romanos vivían con sus dioses como los *lazarones* con sus santos. En las *lectiscernias* comían con ellos; á los juegos del circo llevaban sus estatuas para que tomaran parte en la fiesta. Dion (XLVII, 40) refiere que en tiempo de la batalla de Filipos, hubo de romperse el carro de Minerva, en ocasión de llevar á la diosa del circo al Capitolio.

idioma, y los poetas, los inspirados, los creyentes hábiles no hacen más que coordinarlas más tarde.

Ahora bien, los filósofos del imperio, que querían fundar una religión, los de la escuela dominante, sobre todo, carecían absolutamente de este medio de acción. Con su cielo desierto, porque sus dioses no son más que una fuerza ciega y fatal, con su viril doctrina del deber, sin otra recompensa que la de la propia conciencia satisfecha, su altiva actitud en frente del destino al cual no pedía nada, y enfrente del no ser que miraba sin temblar, el estoicismo era para las almas elevadas, no para la multitud.

«Dos cosas, decía Kant, me llenan de respetuoso temor, el cielo estrellado y el sentimiento de la responsabilidad moral del hombre.» De estas dos cosas, sólo miraban la segunda los estoicos, y todavía de cierta manera. Así esta moral sin dogma, esta filosofía sin metafísica, esta razón sin maravillas, que se contentaba con extremar la naturaleza, no era accesible á los espíritus incultos ó parecía insuficiente á las almas atormentadas por la necesidad de un ideal superior. San Pablo había dicho en su *Epístola* á los romanos: «La fe es la poderosa demostración de las cosas que no se ven,» y se ha resumido la doctrina de Tertuliano en estas profundas palabras: *Credo quia absurdum*, creo, bien que no comprenda. En el estoicismo todo se comprendía; no podía pues atraer el mundo á sí, y si entraba en pugna con una doctrina religiosa que abría el cielo cerrado por Aristóteles, Epicuro y Cenón, estaba de antemano vencido.

¿Conservaba el politeísmo á lo menos bastante fuerza para guardar aquella sociedad que había poseído durante tanto tiempo y con tan poderosos vínculos, ó se había gastado con tan prolongado empleo lo maravilloso que en él había?

El helenismo había mecido mucho tiempo la infancia de piadosas narraciones ó de terribles leyendas, encantado la imaginación y los sentidos con la pompa de las ceremonias y retenido los corazones con aquella poesía del cielo que respondía tan bien á nuestro instinto de lo ideal, ó dominado los espíritus con el terror del Erebo. Pero llegó un momento en que los vagos placeres de los Campos Elíseos hubieron de parecer insuficientes y bien ciego el rayo de Júpiter. Este gran dios de la raza ariana perdía sus adoradores y las estatuas de los demás dioses vacilaban como la suya en el atrio de los templos. La soledad y el silencio reinaban alrededor de los antiguos dueños del mundo, y la hierba crecía en las sagradas sendas.

Sin embargo, antes de pasar de la vida á la muerte, todavía atraviesa una religión un estado intermedio que puede durar siglos. Ya mortalmente herida por la duda, parece que vive aun en los hábitos. El hombre se aleja poco á poco con su razón, ó sólo concede, como el político, una adhesión de conveniencia. La mujer que es toda ella sentimiento queda en el templo con su fe, y allí retiene al niño. En todas las religiones, el corazón ha hecho de las mujeres las sacerdotisas de la primera y de la última hora.

El paganismo estaba en tal situación hacía mucho tiempo para la gente de letras «y aun para el vulgo,» estaba para decir Juvenal. Sin tener como los judíos una doctrina precisa encerrada en un libro, ni como Egipto y la India un cuerpo sacerdotal que la conservara y defendiera, el politeísmo había visto á la nueva sociedad que pedía se le enseñara algo, abandonar los templos, donde nada se enseñaba. Entonces fué cuando tomó vuelo el espíritu filosófico, que no abandonó una sola de las vías por donde se esperaba llegar á la verdad, y que, hay que reconocerlo, las recorrió en toda libertad, sin que el príncipe se sintiera nun-

ca inquieto ni molestado por las temeridades filosóficas.

Al fin, fatigado de tantas investigaciones vanas, renunció á las teorías ambiciosas, como había renunciado á las creencias populares, y se perdió en la duda. Sabemos cuál había sido la religión de Lucrecio, de Cicerón, de César, y lo que pensaban del culto oficial el pontífice máximo Escévo la y Varrón. Plinio el Viejo es francamente ateo: para él Dios, si existe, es el destino, ó lo que él llama fuerza ó poder de la naturaleza; y hace de los hombres dos clases: los que no se cuidan en manera alguna de los dioses, y los que hacen de ellos una idea vergonzosa. Ni el piadoso culto de los muertos puede conmover aquella árida alma. «Nuestra vanidad hace durar nuestro ser más allá del sepulcro: concedemos el sentimiento á los manes y hacemos dios á lo que ha dejado de ser hombre.»

Juvenal trata muy mal á la turba de los dioses y á ciertos



Escenas de los Campos Elíseos (1)

adoradores suyos. Tácito vacila entre dos doctrinas contrarias; pero Plinio el Joven no vacila, y si su amigo nos hubiera dejado *cartas* en lugar de *historias*, que exigían el lenguaje convencional, habríamos visto sin duda la misma indiferencia religiosa. ¡Cosa notable! en las doscientas cuarenta y seis cartas de Plinio, ni una sola vez trata seriamente de los dioses. La religión, como influencia moral, no existe para él. Comprará una estatua para embellecer una plaza de Como; levantará cerca de sus dominios un santuario en ruinas; construirá un templo en Tiferno para hacer gala de su munificencia; pero de la intervención de los dioses en el gobierno del mundo, del oficio de la religión en la vida, no se cura ni poco ni mucho ni nada, y hasta diría de buen grado con Lucano: «Hablar del reinado de Júpiter es mentir: no hay dios que se cuide de las cosas humanas» (2). Plinio cree en las bellas letras, en el honor,

(1) Vaso italo-griego del Museo de Munich.

(2) *Mentimur regnare Jovem... mortalia nulli sunt curata deo* (*Phars.* VII, 447 y siguientes).

en la probidad, en todas las virtudes cívicas, y deja á los inmortales vegetar en el Olimpo. No los discute como filósofo, ni los honra como creyente. Existen para él como si no existieran, á menos que no tenga que ejercer alguna función pública, porque en este caso forman parte del rito tradicional.

Horacio se muestra en sus *Odas* celoso pagano: la piedad mitológica es una de las condiciones del género; pero cuando piensa para sí mismo, estos dioses hacen muy triste figura viviendo, respecto de los hombres, en una pasiva indiferencia (1), y ve sin pesar cómo se derruyen los templos.

El autor del *Arte de amar*, se puso un día de penitencia á escribir los Fastos; no pudo, empero, dejar de reirse de los devotos, que con algunas gotas de agua lustral «creen borrar sus perjurios,» y para referir, como lo hace Ovidio, las *metamorfosis* de los dioses, preciso era tener un verso fácil y una piedad harto ligera. Una especie de místico, Apuleyo, confiesa que la masa de los ignorantes carece de respeto para con los dioses, reverenciéndolos con superstición, ó mostrándoles un insolente desdén. Petronio va más lejos: sabe cómo se ha hecho á los moradores del Olimpo y su narración es poco edificante. «El temor, dice, fué en el universo el origen de los dioses. Los mortales habían visto caer el rayo de lo alto de los cielos, derribar los muros con su inflamada flecha y prender fuego á las cimas de Atos; volver el sol á su cuna después de haber recorrido la tierra; envejecer y menguar la luna para reaparecer en todo su esplendor. Desde entonces las imágenes de los dioses cundieron por todas partes: el cambio de las estaciones que dividen el año todavía hubo de aumentar la superstición; el labrador, víctima de un grosero error, ofreció á Ceres las primicias de su mies y coronó á Baco de dorados racimos. Pales fué adornada por mano de los pastores; Neptuno recibió por imperio la extensión de los mares, y Diana reclamó el dominio de los bosques.»

Los dioses son pues hechura humana, y de la tierra subieron al cielo. Aquí, á lo menos, Petronio es grave en su misma impiedad; en otros lugares es bien irreverente. Cuando Eumolpo, uno de sus héroes, da á la vieja, cuya oca ha matado, dos monedas de oro, le dice: «Con esto puedes comprar ocas y dioses cuantos quieras.» Así, limitaban muchos sus esperanzas á desear para sí mismos lo que un hombre de Macedonia deseaba á los pasajeros desde el fondo de su sepulcro: «Vive y consérvate bueno.»

Una escuela considerable, la de Epicuro, negaba absolutamente la existencia de los seres divinos y «daba la paz al alma libertándola de los terrores que infundían los prodigios y los fantasmas, desvaneciendo las esperanzas quiméricas y los deseos insensatos.»

Otra escuela, la de Cenón, distinguía muy mal á Dios de la naturaleza, ó más bien, lo identificaba con el mundo, cuya alma invisible era, y los poetas Manilio en sus *Astronómicas*, y acaso el piadoso Virgilio, aceptaban esa poderosa doctrina del pantéismo, que se ha producido en todas las edades del mundo para explicar el inexplicable problema de la metafísica: la conformidad de lo finito y de lo infinito, de la naturaleza y de Dios, de la libertad humana y de la providencia divina.

Adriano sin duda se adhería también á este orden de ideas, pues edificaba templos sin imágenes y sin nombre;

(1) *Sat. I, v. 101-103*. Mucho antes que él había dicho Plauto: «Cuentan sus infortunios á la Noche, al Día, al Sol, á la Luna, que á mí entender, no se cuidan de las necesidades humanas, ni de nuestros votos ni temores» (Mercator, *Prolog.*).

señal de su desdén á la mitología oficial y de su respeto á los dioses impersonal extendido por todo el universo, que sin embargo, no le reveló en la última hora el secreto del sepulcro.

En el fondo, Platón, Aristóteles y todos los filósofos habían combatido con más ó menos prudencia el politeísmo oficial. Pero sus obras eran de aquellas que van á los espíritus de arriba y no descienden á los de abajo: los *Diálogos* de Luciano corrían por todas partes. Este discípulo de Epicuro había tomado por misión perseguir sin descanso á los charlatanes, á los impostores y supersticiosos. Cuando hacía tan ruda guerra á las viejas divinidades que se iban, como á las nuevas que pretendían sustituirlas, era cierta-



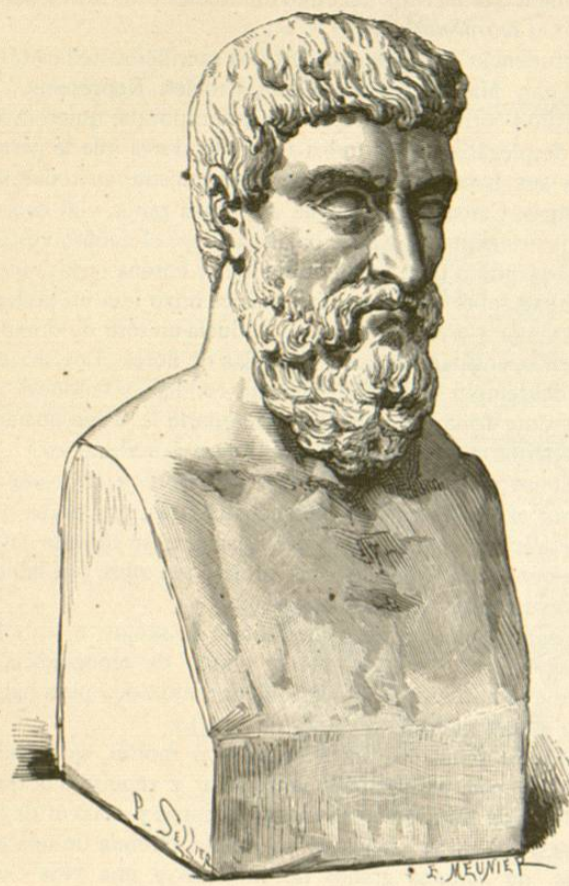
Cenón, estatua del Capitolio, sala del Gladiador

mente un eco, y sabido es que se leían con avidez sus libros. No tiene la crítica implacable y fría de Kant, que arruina los sistemas y destrona á Dios respetuosamente. Luciano es de esa familia de ingenios sutiles y audaces que destruyen riendo. Escuchad lo que hace decir á Timón dirigiéndose á Júpiter:

«Ya no te ofrecen sacrificios, ni coronan ya tus estatuas sino rara vez y por casualidad en Olimpia; y todavía el que lo hace no cree cumplir un riguroso deber, sino simplemente pagar tributo á la costumbre. Antes de poco no se vería ya en tí, con ser el mayor de los dioses, más que un Saturno, á quien se despojará de todos sus honores. Yo no sé cuántas veces los ladrones han despojado tus templos; hasta han llegado á poner la mano sobre tí mismo en Olimpia, y tú que tanto ruido haces allá arriba no te has atrevido á despertar á los perros ni á llamar á los vecinos, que acudiendo á tus gritos, hubieran sorprendido á los ladrones con las manos en la masa. Pero á fuer de bravo, tú, el

exterminador de los gigantes, tú, el vencedor de los Titanes, permaneciste sentado con mucho sosiego, dejándote trasquilarse los cabellos de oro, y esto cuando tenías un rayo de diez codos en la mano derecha.»

Rabelais, Ariosto y Cervantes mataron con la burla la Edad media expirante, y Voltaire y Beaumarchais el antiguo régimen no menos postrado. Si hubieran venido antes estos implacables burlones, habrían acabado en la picota ó en la hoguera, sin haber sido comprendidos; viniendo á tiempo, cumplieron en la sociedad la función que la naturaleza confía á los fermentos encargados por ella de acelerar la descomposición de los cuerpos. Pero la vida sale de



Epicuro (1)

la muerte: los *Diálogos* de Luciano, mortales para el paganismo, ayudaron á desembarazar el mundo para una nueva fe.

Y en efecto, no es posible que esta audaz burla de las creencias populares dejara de quebrantarlas profundamente (2). Los escultores y pintores explotaban todavía el viejo personal de las leyendas helénicas, porque aquellos personajes, con sus aventuras, sus rasgos y sus trajes, se prestaban admirablemente á las representaciones plásticas: el arte hacía vivir para la vista á la multitud olímpica. Menos afortunados los poetas, no encantaban ya á nadie con las vaciedades mitológicas.

Sin embargo, se seguía edificando templos, mas por razón arquitectónica, para embellecer una ciudad ó adornar una plaza pública; se ofrecían sacrificios y aun hecatom-

(1) Busto de mármol del Museo del Louvre

(2) Filostrato (I, 2) representa á Apolonio haciendo esfuerzos por restablecer el culto en los desiertos templos. El oráculo de Delfos permaneció mudo mucho tiempo... *Quoniam Delphi oracula cessant* (Joven. *Sat. VI, 555*), y cuando la Pitonisa, en tiempo de Trajano ó Adriano, recobró la palabra, habló ya en simple prosa y no en verso. En lugar de las tres antiguas sacerdotisas, una sola bastaba ya.

bes, como las ofreció Herodes Atico, mas por vanagloria, por negra honrilla, ó por tener un pretexto de dar un festín á todo el pueblo; se cumplían también los antiguos ritos, mas por espíritu de obediencia á la tradición. El escéptico mismo en una hora de espanto volvía momentáneamente á los sentimientos de devoto, y por razón de Estado los conservaba el político (3).

En aquellas épocas de renovación, la multitud de los tímidos y sencillos formaba una masa refractaria á las nuevas ideas. Minucio Félix presenta en su *Diálogo* un interlocutor pagano que entiende ser fiel á las costumbres nacionales por hábito, por respeto de la ley, y también porque sabiendo, como Sócrates, que no sabía nada, no quería hacer innovaciones en materias de suyo tan dudosas, ni discutir sobre asuntos que se escapan al raciocinio. Era pues un hombre prudente.

Los sencillos labriegos en sus campos y los burgueses en la ciudad, pobres diablos en todas partes, permanecían fieles á la antigua fe nacional, á sus penates, testigos reservados de la vida doméstica, á los manes protectores de los que habían muerto, á las viejas y tranquilas divinidades del país, entre las cuales, una piedad interesada ó temerosa mezclaba á los Augustos, nuevos dioses del imperio. Cuando pasaban por delante de los templos urbanos, de las capillas de las aldeas, de los santuarios dispersos á lo largo de los caminos, fuera rústica piedra que hubiera servido de altar, fuérase un árbol sagrado de cuyas ramas pendían los vellones de los corderos inmolados, se detenían para hacer sus devociones, ó si iban de prisa enviaban un beso con la mano y murmuraban una oración.

Los impacientes, que encontraban sordos á sus dioses de palo ó de piedra, se indemnizaban con los astrólogos y adivinos, raza que prospera en medio de las ruinas; y los exaltados, los enardecidos y arrastrados por la pasión de lo divino, abrazaban ritos extraños que venían de Oriente y turbaban profundamente las almas.

IV.—INVASIÓN DE LOS CULTOS ORIENTALES

Por otra parte, en medio de su prosperidad, el siglo estaba enfermo del mal de los afortunados, que exentos de los cuidados de la lucha por la existencia tienen lugar de pensar hasta en la muerte. En efecto, aquellos hombres de carácter turbulento, nacidos para la acción y que durante siglos obraron por manera tan terrible, estaban fatigados de reposo, hartos de bienestar, y no obrando ya, pensaban. Mucho tiempo absorbidos por el mundo exterior en que el genio griego y romano habían vivido en la adoración de la forma, se llamaron al interior y se sentían turbados por cuestiones de que jamás se habían preocupado las viejas razas del Lacio. ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? ¿Para qué la existencia?

Pero la humanidad no estaba aun madura para el frío análisis de estos pavorosos problemas. No era la razón dueña de sí misma la que los proponía y deseaba resolverlos. Habiendo permanecido, á pesar de tantas perturbaciones, bajo el dominio del sentimiento religioso, el pensamiento vacilante é indeciso buscaba á tientas nuevos dioses. Se penetraba en vagas regiones, en las tinieblas visibles en busca de lo sobrenatural. Era el principio de la ruptura con

(3) Horacio se espanta de la caída de un árbol y de un trueno en un cielo sereno. Sila, el sacrilego despojador del templo de Delfos, se sacó del seno en un momento de peligro una imagen de Apolo que había pillado y le dirigió devotamente una oración, y César mismo, tan descreído y ateo, sifrió de rodillas las gradas del Capitolio para desarmar la cólera de Nemesis.